

JULIE SOTO

THE
ROSE
IN
CHAINS

CROSS
BOOKS

ÉL ES SU MAYOR ENEMIGO...
Y SU DESEO MÁS PROHIBIDO.

JULIE SOTO

ROSE
IN
CHAINS

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Rose in Chains*
© del texto: Julie Soto, 2025
© de la traducción: María Cárcamo, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2025
ISBN: 978-84-08-30746-4
Depósito legal: B. 12.719-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



A Briony le pareció extraño no sentir la muerte de su hermano. El crujido de la barrera protectora evaporándose le vibró en las costillas, y notó la roca bajo los dedos al agarrarse con fuerza al alféizar y mirar lo que quedaba del país de Evermore; pero no sintió nada en el alma cuando Rory murió.

Como su melliza, había tirado del hilo que corría entre ellos muchas veces: cuando estaba herido, cuando necesitaba ayuda. Briony buscó ese hilo, tratando de encontrar la vena de magia reservada solo para Rory en su pecho. Pero solo obtuvo un silencio oscuro como respuesta. Pensó en que tampoco tuvo ninguna premonición cuando cayó su padre hace cuatro años, y su madre ya había muerto cuando le sacaron a Briony.

Pero cuando se levantó el polvo como una nube en una tarde de verano a menos de un kilómetro, y la calma que las había rodeado a ella y a Cordelia se derrumbó en un caos estrepitoso, Briony supo que Rory estaba muerto.

La barrera protectora alrededor del castillo había caído. Estaba muerto.

Pero su alma no se había partido en dos.

Briony observó a la luna apartarse del sol, poniendo fin al eclipse tan rápido como empezó.

«Qué extraño», pensó ensimismada.

—No... —susurró Cordelia.

Briony miró a la derecha y vio a su amiga con los dedos pálidos, casi traslúcidos, contra los labios. El viento le sopló el pelo cobrizo a Cordelia sobre los ojos, como si pretendiera protegerla de esa visión. Al otro lado de Cordelia, Anna dio un paso adelante hacia el borde del balcón como si estuviera en trance, con la boca abierta. El sol se reflejaba en la insignia de la rosa morada de su armadura.

Briony volvió a mirar la nube de polvo y ceniza que subía cada vez más para tapar el baile entre la luna y el sol. Vio el reflejo por la izquierda, en el agua del lago.

La última dragona batió sus extensas alas y se apartó de la carnicería humana en el campo de batalla, de vuelta al norte.

—Quedaos aquí —dijo Anna, corriendo hacia las escaleras del balcón. Pero cambió de opinión y se dio la vuelta—. No... deberíais entrar. Buscad un lugar seguro y esperad.

Briony se quedó mirándola. Cordelia se ahogó con un sollozo.

Anna miró hacia atrás, y Briony percibió la mente de su guardia rotando con planes y estrategias. Se suponía que Anna debía quedarse a su lado; la acogió siendo un bebé y le prometió a su padre que daría su vida por Briony.

Antes de pensarlo demasiado, Anna se apresuró escaleras abajo.

Briony le dio la espalda a la nube de polvo, preguntándose si en su interior habría partes de su hermano. Su hermano, el que supuestamente iba a acabar con esta guerra. Su hermano, el presagiado.

Entonces ahogó un grito, como si la idea de la profecía fracasada fuera la bofetada que necesitaba.

Rory ya no estaba. Se le llenaron los ojos de lágrimas y cogió aire, temblorosa. Se imaginó cómo debió de ser el frente. Miles de soldados siendo conscientes de que la esperanza que habían albergado durante tanto tiempo, su dos veces heredero, no era más que un hombre corriente, después de todo.

Movió los hombros para quitarse la capa. No la ayudaría a correr. Tampoco las zapatillas, ni el vestido de seda, pero no tenía tiempo para cambiarse.

Había puesto un pie en las escaleras cuando Cordelia la agarró por la muñeca y tiró de ella.

—¿Dónde vas? —El pánico le pellizcó la voz—. ¡Tenemos que escondernos!

Briony colocó la mano en la muñeca de su amiga.

—Si nos escondemos, seremos las únicas que queden con vida —dijo categóricamente.

Cordelia abrió sus ojos azules. En cuanto aflojó la mano, Briony se dio la vuelta y corrió escaleras abajo, con los ligeros pasos de su amiga detrás de ella.



Seis horas antes

Briony se sentó en el escritorio de su dormitorio con la mirada fija en el vapor que ondeaba de la taza de café como unas llamas danzantes. Torciendo distraída los dedos, se imaginó su sauce favorito a orillas del lago y observó mientras el vapor cumplía sus órdenes, elevándose para formar un tronco y cayendo en cientos de esbeltas ramas que besaban el agua.

A veces era más fácil manipular algo sin importancia cuando no daba con el hechizo que necesitaba para arreglar el mundo. El vapor de la taza podía dibujar una imagen bonita, aunque la imagen al otro lado de los muros del castillo no lo fuera tanto.

Agarró el hilo de magia con los ojos. El vapor traslúcido del té caliente se expandió para mostrar el lago junto a él, y su mente aportó la silueta de un niño de cuerpo pequeño sentado a los pies del árbol. Acababa de conjurar un libro en las manos del chico cuando se abrió la puerta de su dormitorio. Briony se sobresaltó, el sauce desapareció y el vapor volvió a ondear con normalidad.

Se giró como si la acabaran de pillar haciendo algo que no debía, y vio a Rory junto a la puerta abierta.

—¿Ya es la hora? —preguntó ella mirando el reloj.

—No, solo vengo a... verte.

Briony puso una mueca.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—No te despidas.

—Vale, no lo haré.

—Mejor.

Rory torció la boca. Al ser mellizos, compartían la misma boca curvada, los mismos ojos marrones, el mismo color de pelo castaño. Él tenía la nariz más ancha, como la de padre, y el pelo de ella era ondulado, como el de su madre, pero las diferencias en la apariencia de ambos eran muy sutiles.

Rory enganchó los pulgares en los pantalones hechos a medida que había confeccionado para la batalla.

—Pero, te lo advierto, Didion quiere despedirse. Seguramente quiera hacer algo más que despedirse.

Briony gruñó y miró al techo.

—Esto es culpa tuya —dijo—. Si no le hubieras pedido a Cordelia que se casara contigo, a Didion jamás se le habrían metido estas ideas en la cabeza.

Rory se sentó en la cama.

—En realidad, yo creo que la idea se le ocurrió cuando empezaste a pasear con él pasada la medianoche...

Ella ahogó un grito.

—¿Quién te ha contado eso? Fue hace un año, ¡y lo único que hacíamos era pasear!

Rory niveló la mirada con la de su hermana.

—¿Y no había otra hora más adecuada?

Briony se mordió el labio.

—Bueno, vale, igual hacíamos algo más...

Rory se cubrió las orejas.

—Para.

—¡Pero te juro que mi virtud sigue intacta!

Él se dio la vuelta y apretó mucho los ojos.

—No digas más, te lo ruego.

Con una risa fácil, Briony se sentó en el otro lado de la cama.

—¿Alguien más quiere despedirse? ¿Algún otro pretendiente que deba conocer? —Se colocó la falda veraniega sobre las piernas.

Rory sonrió, pero, inmediatamente, la curva de su boca cayó como cera en una vela.

—No lo sé. Dímelo tú —dijo tranquilo.

A ella se le entrecortó la respiración en el pecho.

—¿Qué insinúas?

Él la miró a los ojos, buscando una respuesta.

—Si no es Didion, ¿quién es el merecedor de tu atención?

—Nadie. —Su voz sonó aguda y apresurada—. Es... estamos en guerra, Rory, por si no te habías dado cuenta. ¿Quién va a tener tiempo para eso?

—Bueno, algunos encontramos el tiempo con bastante facilidad. Pero, en fin, después de hoy, es posible que las cosas cambien.

Se incorporó y ella le observó los dedos, que jugaban con el largo cordón de cuero que normalmente se ponía debajo de las camisas; el colgante de plata en el extremo era de su madre.

Rory siempre era muy humilde cada vez que salía el tema de la posible victoria. Como si no fuera el profetizado vencedor. Como si él mismo no terminara de creérselo.

—Sí. Puede que hoy cambie todo. —Se estiró sobre la cama y le agarró la mano—. ¿Quieres que lo repasemos una vez más?

Él la miró y asintió. Entre ellos siempre iba a ser así.

El primer día de escuela, cuando padre le pidió que cuidara a Rory, ella no entendió por qué iba a tener que cuidar de su hermano de dieciséis años. ¿No debía de ser él quien cuidara de ella?

—Puede que le cuesten asignaturas en las que tú brillas —le había dicho padre—. Estaría bien que los hijos de los bomardi no vieran que el futuro rey de Evermore es más torpe que su hermana.

Briony no lo comprendió hasta que les dieron los resultados de los primeros exámenes y su padre empezó a pedirle que intercambiara tareas enteras con Rory. Las horas y horas de trabajo de los siguientes cinco años se las regalaba a menudo a su hermano, y ella tenía que conformarse con lo que pudiera recoger de las sobras.

Nunca perdonó a su padre por eso, ni siquiera cuando murió.

Briony respiró hondo y dobló los dedos hacia la palma para invocar un pequeño frasco de agua en la mano. Se lo enseñó a Rory.

—Es agua del lago. Es la misma que hay en los pozos del castillo y de la escuela eversun. —Briony tragó saliva al pensar en las miles de familias eversun que se estaban refugiendo en la escuela al otro lado del lago hasta que terminara la guerra—. Cuando lances la protección, viértetela en las manos y ponte la última gota en la lengua. El lago, el castillo Claremore y la escuela se unirán bajo un mismo escudo conectado contigo.

Rory lo cogió y asintió.

—Al general Meers no le gusta este plan, por cierto.

—No lo entiende. No es un Rosewood —dijo Briony.

El linaje de los Rosewood contenía mucha magia protectora: escudos, barreras y custodias. Era uno de los motivos

principales por los que estaban predestinados a gobernar, según el padre de Briony y Rory. Él, su abuelo y todos los hombres que vinieron antes eran celebrados regentes de tiempos de paz. Rory era el primer Rosewood que veía una guerra en más de quinientos años.

—El general valora la magia ofensiva. Es su trabajo —continuó Briony—, pero el tuyo, como rey y como Rosewood, es proteger a nuestro pueblo.

—Lo que quede de él —dijo Rory con un agotamiento evidente en la voz.

Durante los últimos cuatro años de guerra, los habían vencido cada vez más al sur, perdiendo territorio y perdiendo vidas. Pero Bomard, en realidad, no quería tierras. Ni a los prisioneros que se llevaban por el camino; aunque siempre era un plus para los bomardi sedientos de poder. Era Rory. Era el final de la profecía del dos veces heredero.

Briony colocó la mano sobre la de su hermano.

—Acabará pronto. Hoy es el día.

—¿Y si no lo es? —preguntó Rory con palabras apresuradas y ojos suplicantes.

—Sí que lo es. —La voz de Briony sonó más fuerte de lo que ella se sentía. Sonrió con calma—. El eclipse. Todo el mundo sabe que es hoy. «Cuando el sol brille en la noche, el que pondrá fin a la guerra...».

Rory apartó la mano.

—No me recites la profecía. No son más que tonterías de hace seiscientos años.

Se puso de pie y se acercó a la ventana sobre el escritorio. Briony lo observó inclinarse sobre el alféizar, como un niño deseoso de salir a jugar. Pasó los dedos por el edredón pensando en la vieja profecía que había atormentado a Rory durante años.

«Cuando el sol brille en la noche, él, que pondrá fin a la

guerra en esta tierra, resultará victorioso. Será dos veces heredero, y un justo soberano del continente».

La profecía tenía más de medio milenio. Cuando no se cumplió con la guerra civil de Moreland que dividió el continente en Evermore y Bomard, muchos la olvidaron. Pero hace cuatro años, ante el estallido del nuevo conflicto, todos empezaron a preguntarse si Rory era el profetizado.

Briony miró los papeles y la correspondencia sobre el escritorio: las cartas que había recibido de los países al otro lado del mar declarando que no podían enviar ayuda, pero que aceptarían a los Rosewood y su corte amablemente en un retiro; la página de *El Diario* con actualizaciones diarias del reino, el discurso de la victoria que le había escrito a Rory y los mapas con todas las ubicaciones de todos los refugios de Eversun.

Briony carraspeó.

—Tienes que matarla —dijo con delicadeza—. Tiene que acabar. Del todo.

Briony ni siquiera había pronunciado el nombre de Mallow y, aun así, se le instaló una brisa fría en el interior del pecho.

Rory apretó los labios.

—Lo sé.

—Tendrás que usar Infartio si no funciona nada más...

—Ya lo sé, Briony —dijo alterado. Sorbió la nariz—. Perdona. Lo... lo haré. He estado practicando con el general Meers...

No dijo nada más. Briony no quería saber qué animales pequeños y pájaros habían estado desapareciendo de Claremore.

Infartio estaba prohibido en Evermore. De toda la magia del corazón, Infartio, aplastar el corazón dentro del pecho, era lo que más secuelas dejaba en un mago. La primera vez

que acababas con una vida te desgarraba el corazón, y cada muerte que llegara después lo troceaba cada vez más. Rory tuvo que aprender esta magia tan compleja desde cero, ya que la magia del corazón solo la usaban los bomardi. Al igual que la magia de la mente solo la usaban los eversun.

Era esta división entre los dos países lo que había aprovechado Veronika Mallow. Bomard se había radicalizado bajo su gobierno y creían que la magia de la mente de los eversun era el control mental, en lugar de lo que era realmente: una fuente diferente de la que sacar la magia. También había diferencias entre las disciplinas: había ciertos hechizos que un mago del corazón jamás podría dominar, y viceversa, pero la auténtica diferencia era la fuente de poder. La magia que se obtenía de la mente no agotaba al cuerpo, mientras que la magia del corazón conllevaba un gasto físico considerable. Los magos del corazón siempre necesitaban depender de animales familiares para mantener la fuerza después de un uso prolongado de la magia.

O algo peor.

Bajo la influencia de Mallow, algunos bomardi habían ido un paso más allá. ¿Por qué usar un animal cuando podías usar a otra persona? El corazón de otro mago podía proporcionarte mucho más poder que el de un animal y, al crear un vínculo, un vínculo latiente, te asegurarías que no fuera tu corazón el que terminaba agotado.

Se oyó un chirrido al otro lado de la ventana y, en el silencio tenso, los dos observaron al familiar de Mallow batir las alas contra el cielo. La última dragona en el mundo conocido, la criatura cuyo nombre se había perdido en el tiempo, había comenzado a volar en círculos al amanecer.

Había veces que Briony entendía que los bomardi siguieran a Mallow. Puede que ella también hubiera volcado su fe en la hechicera capaz de entablar un vínculo con la última

dragona. Por no hablar del poder incalculable que recibía Mallow gracias a ese vínculo: la fuerza de la magia y el acceso a unas habilidades que un mago del corazón jamás adquiriría de un animal más común, o ni siquiera de un latiente. Unida a la dragona, puede que Mallow viviera dos vidas, como el último hechicero que se vinculó a esa criatura. Lord Dragón, como se referían a él los libros de historia, había vivido más de ciento cincuenta años. Y una larga vida no era lo único que Mallow conseguía al vincularse con la dragona. Todo el mundo sabía que con la magia del animal Mallow podía leer la mente, una característica únicamente conocida hasta ahora entre los magos de la mente más experimentados.

Observaron a la dragona volar hasta que desapareció de nuevo más allá del océano.

Briony volvió en sí cuando Rory se apartó de la ventana. La miró con la misma expresión de cuando eran más jóvenes, como si necesitara la respuesta a una pregunta de su tutora.

—¿Crees que la profecía habla de mí? ¿De verdad? Sé sincera, Briony.

Briony se mantuvo muy quieta y respondió sin un ápice de duda en la voz.

—Sí.

Rory buscó algún signo de titubeo, pero ella no mostró ninguno.

Llamaron a la puerta y Briony se sobresaltó.

Rory suspiró.

—Será Didion.

Ella frunció los labios.

Rory se rio.

—¡No seas cruel con él! —le dijo—. A lo mejor se muere hoy.

—No digas eso.

—¡Es verdad! —Rory fue corriendo a la puerta y la abrió—. ¿A que es verdad, Did?

Didion, con su hechura lánguida y larguirucha, se quedó tímido en el quicio de la puerta.

—¿El qué es verdad? —preguntó, mirando a Briony y a Rory debajo del oscuro pelo despeinado.

—Que a lo mejor te mueres hoy —dijo Rory impasible.

—Ah. Sí. Muy triste.

Briony puso los ojos en blanco y se levantó del colchón de plumas.

—Me alegro de que ambos tengáis una buena disposición.

Didion sonrió y carraspeó.

Rory dio una palmada.

—Tengo que ir a buscar a Cordelia. ¿Os puedo dejar sin supervisión?

Briony abrió la boca para protestar, pero Rory ya estaba casi en la puerta.

—Nos hemos quedado solos muchas veces —dijo Didion con una risa.

Rory se agarró al marco de la puerta y se balanceó de nuevo dentro de la habitación.

—Morirás hoy seguro como sigas diciendo esas cosas.

Briony se quejó y un rubor rosáceo cubrió la tez aceitunada de Didion.

—¡Como si tú no fueras a estar sin supervisión ahora mismo! —gritó ella.

Briony cogió un cojín de la cama y se lo lanzó a su hermano a la cabeza. Con un movimiento de muñeca, él desgarró el cojín en el aire. Las plumas volaron por todas partes, y Rory se marchó corriendo, desapareciendo entre la nube de pelusa.

Con un gruñido, Briony movió las manos hacia su pecho, recogiendo las plumas y llevándolas, flotando, hasta el cubo de la basura.

Una vez que el dormitorio estuvo limpio, se quedó a solas con Didion por primera vez en un año. Él miró la habitación, observando el escritorio y los cuadros que colgaban en las paredes.

—¿Estás cómoda aquí? —preguntó levantando las cejas.

—Me gusta. Echo de menos Biltmore Palace, pero ¿qué se le va a hacer? —Se encogió de hombros y se sintió muy incómoda de pronto—. Qué se le va a hacer... —Como si hubieran perdido el palacio de la costa lanzando una moneda en lugar de en un asedio.

Él miró la taza de té junto a los libros. La misma taza de té en la que ella había estado manipulando el vapor para formar el recuerdo de un chico diferente hace tan solo diez minutos. Él pasó el dedo índice sobre el líquido y volvió a calentarlo. El vapor serpenteó hacia arriba y él le dio la taza.

—Toma —dijo con una sonrisa tímida.

Briony intentó no estremecerse al coger la taza de té, y él se sentó a su lado en el colchón.

—Hace mucho que no estamos solos de verdad —dijo Didion.

Briony asintió. Había sido idea suya. Cuando el estrés de las reuniones tácticas y la tensión dentro del castillo fueron demasiado, ella y Didion daban largos paseos nocturnos por los muelles cercanos a Biltmore Palace, escapando de los ojos fisgones y de los oídos inquisidores. Él la escuchaba mientras le confesaba sus frustraciones por las estrategias del general Meers, y pronto los paseos terminaron con besos delicados, como los que habían compartido en la escuela. Y luego los besos dieron paso a meter las manos por debajo de la ropa.

Didion era dulce y paciente. Parecía que pasaba horas buscando el lugar correcto entre sus muslos y, cuando lo encontraba, lo perdía rápidamente, pero Briony simplemente sonreía cuando él le preguntaba si le había gustado. A lo mejor debería haber más... disfrute. Briony esperaba que así fuera, al menos. Quizá con una cama de por medio las cosas serían más sencillas, pero se negaba a meter a Didion en su cama. Como la hermana del rey, ya le había permitido a Didion demasiadas libertades que solo debería tener un marido.

Fue idea suya pausar las cosas entre ellos después del retiro en Biltmore Palace, aunque Didion fuera una opción cómoda. Segura. Amable. A su padre le habría encantado que se casara con Didion Winchester. Y a su hermano también. Briony se preguntaba a menudo por qué a ella no le encajaba la opción cómoda, segura y amable.

—Quería pedirte un favor —dijo él mirándose fijamente las manos.

Dando un sorbo para robar tiempo, Briony lo vio hacer círculos nerviosos con los pulgares.

—¿Sí?

—¿Me dejarías que llevara tu broche hoy en la batalla? Se llevó las manos al broche de plata.

—Es de mi madre —se apresuró a decir, ignorando el uso del presente—. Nunca me lo he quitado. No puedo separarme de él, lo siento.

—No, claro, tie-tiene sentido —tartamudeó él—. Si el broche no... ¿el mechón de pelo?

—Es... también de mi madre —dijo incómoda. Todos los retratos de su madre se parecían cada vez más a Briony conforme se acercaba a los veinticinco años, casualmente la edad a la que ella murió en el parto de Briony y Rory—. No... —Briony carraspeó—. ¿Es necesario? ¿No te puedo desear buena suerte y ya? ¿A ti y a mi hermano?

Él asintió ligeramente sonrojado.

—No pasa nada. Solo había pensado... En fin, si supiera que hay alguien esperándome en casa...

—¿En casa? —Ella se rio—. Pero si no vas a estar ni a un kilómetro...

—Estoy intentando declararme formalmente, pero me lo estás poniendo muy difícil. —Se pasó una mano por el pelo oscuro.

—No tienes que declararme nada —dijo ella con firmeza—. Hasta que todo esto acabe, no sabremos si vamos a tener que resultar útiles de otra forma.

Él la miró desafiante.

—¿Te refieres a un compromiso para un tratado de paz? Rory no te haría algo así.

—¡No le quedará otra opción! Lleva cuatro años pensando únicamente en estrategias de batalla, pero después del día de hoy, tendrá que empezar a pensar como el rey de Evermore. —Soltó la taza de té y recordó al chico en el vapor—. Ha habido muchos matrimonios entre Bomard y Evermore para prolongar el tratado.

—No hace falta que te emociones tanto —masculló Dillion.

Ella giró la cabeza para mirarlo.

—¿Qué?

Él suspiró y se levantó de la cama.

—Briony, por favor, simplemente dime que te alegrarás si sobrevivo hoy. Es lo único que te pido.

—¡Claro que me alegraré si sobrevives hoy...!

—Fantástico. Gracias —dijo él. Y antes de que a ella le diera tiempo a decir nada más, se marchó y cerró la puerta con un ligero clic.

Ella gruñó y se dejó caer en la cama. No estaba siendo evasiva a propósito. Aparte de dos primas, ella era la única

mujer Rosewood que quedaba a la que podían ofrecer como sacrificio humano en un matrimonio político. Probablemente, Rory no se imaginaba algo así, pero el matrimonio político ayudaría mucho a restaurar la confianza que a día de hoy no existía. Había muchas familias en la línea de sucesión de los bomardi que no estaban sedientas de sangre y venganza. Un matrimonio entre ella y un joven bomardi no tenía por qué ser una tortura.

Había algunos con los que había ido a la escuela que menospreciaban a los eversun, pero sin ser abiertamente despreciables. Finn Raquin, de piel oscura y ojos aún más oscuros, era mitad eversun; el de sus padres fue uno de esos matrimonios por conveniencia. El patriarca de los Raquin era el decimocuarto en la línea hacia la posición de poder más alta en Bomard: el Sillón. Finn era un sinvergüenza, pero no era malo.

Por otro lado, el mal tenía la cara de Canning Trow. Con los ojos separados y piel pálida, Canning era horroroso, y tenía el alma igual de sombría. Todo el mundo sabía que había que apartarse de él en los pasillos oscuros de la escuela. El único motivo por el que se movía como si fuera el dueño del lugar era porque lo era. Su madre ostentaba la tercera posición en la línea hacia el Sillón, y la familia de su padre era la propietaria de la montaña en la que se había erigido la escuela bomardi.

Había varios chicos que solo eran crueles cuando les convenía, como Lorne Vult y Liam Quill, aunque se rumoreaba que Liam Quill estaba más interesado en Lorne y en Finn que en expandir su linaje familiar, pese a que su padre era el sexto.

Y luego había otra persona mucho más difícil de descifrar. Frío como el hielo la mayoría de los días, solo se derretía en los momentos más extraños. Con unas manos fuertes y los ojos opacos, una boca malvada y mucha labia. Quien le

inspiraba tanto miedo e incertidumbre en el pecho como deseo.

Briony apartó esos pensamientos. No servía de nada obcecarse con esas cosas.

Miró la taza de té. Se había vuelto a enfriar. El vapor había desaparecido en un suspiro.

Unas horas más tarde, Briony estaba en el jardín del castillo, viendo cómo su hermano se despedía de su mejor amiga. Cordelia envolvió a Rory con los brazos de una forma mucho más cariñosa de lo que se consideraba apropiado, pero no había demasiada gente a la que le preocupara la decencia en estos días tan oscuros.

—Qué asco —dijo una voz a su izquierda.

Briony sonrió a su prima Finola. Se estaba poniendo unos guantes y tenía el ceño fruncido mientras observaba las muestras de cariño de Rory y Cordelia.

Briony se rio.

—Algún día tú harás lo mismo.

—No si puedo evitarlo —dijo Finola guiñándole un ojo. Se colocó el pelo rubio miel sobre el hombro—. Nos vemos cuando todo esto acabe, ¿vale?

Briony asintió. Finola corrió hacia un rincón del jardín, el único lugar del castillo desde el que se podía abrir un portal. Briony se quedó con las ganas de preguntarle a Finola adónde iba, pero no le daban acceso a esa información, para su decepción.

A su derecha, el general Billium Meers hablaba tranquilamente con Anna Wevin, la guardia personal de Briony. Anna era, de hecho, la única mujer, además de Finola, por la que Briony había visto que el general Meers tenía algún tipo de respeto. Por Briony desde luego que no, cuando acostum-

braba a aparecer en las reuniones de estrategia que siempre parecían terminar en discusiones. El general priorizaba la agresión en sus ataques, hasta el punto de asumir riesgos innecesarios, y Briony siempre se apresuraba en recordarle a Rory la defensa, los escudos y la protección de su pueblo. En algún momento de los últimos dos años, el general Meers había convencido a Rory de que, por precaución y eficiencia, las reuniones para estrategias militares solo deberían contar con asesores esenciales, y Briony no pudo acudir más. Ahora Rory la ponía al día en privado. Podría haberla nombrado asesora, pero no lo había hecho, y ella no iba a proponérselo.

Anna saludó al general y se colocó a unos pasos detrás de Briony, como había hecho toda su vida. El general Meers asintió con cortesía a Briony, y ella le devolvió el gesto con una mirada furiosa.

El hijo del general, sin embargo, no podía ser más diferente a su padre.

Sammy Meers, con el pelo castaño rojizo, piel rosada y alegres ojos azules, se detuvo delante de Briony. Barrió el suelo con una reverencia profunda y le agarró la mano antes de que a ella le diera tiempo a apartarla.

—Señorita Briony Rosewood —dijo en voz alta—, pese haberme ofrecido vuestros favores, me temo que no puedo aceptarlos.

Briony apartó rápidamente la mano.

—¡Para ya! —chistó ruborizada cuando vio a Didion poner los ojos en blanco ante el dramatismo de Sammy.

—Sé que ansías una pedida a mi vuelta —continuó Sammy, gritando para que lo escucharan por todo el jardín—, pero mi corazón ya tiene dueña.

Sammy miró con ojos enamorados por encima del hombro de Briony a Anna, que era su jefa veinte años más mayor, y agachó profundamente la cabeza.

—Por favor, apártate de la princesa —dijo Anna fríamente.

—Me encanta este tonto —contestó Sammy, batiendo rápidamente los párpados. Le guiñó un ojo a Briony y se marchó para reunirse con las tropas fuera del castillo. Cogió la bandera de Eversun con la rosa morada, la insignia de su familia, destacada sobre un fondo blanco.

Briony miró por el jardín las caras tranquilas y las conversaciones relajadas. Había un zumbido en el ambiente, la sensación de que este era el día profetizado, y que los cuatro largos años de guerra tras la muerte de su padre, el rey Jaquiel, acabarían muy pronto. El gobierno de Rory se extendería a ambos reinos cuando demostrara ser el heredero que mencionaba la profecía.

Briony intentó sentir la misma calma, intentó relajarse de la misma forma. La luna se acercaba cada vez más al sol, como dictaba la profecía. El grito de un dragón atravesó el cielo. Y todo el mundo siguió charlando y abrazándose y brindando por última vez.

Cuando llegó la hora de la marcha de las tropas, Rory se acercó a ella para darle un abrazo.

—No —dijo—. No hace falta.

Él dejó caer los brazos y la miró frunciendo el ceño.

—Briony.

—Te veré en unas cuantas horas —dijo con firmeza—. Todo lo demás que nos digamos es innecesario.

Él apoyó la frente contra la de ella.

—Hasta ahora, Biney.

—Te tendré preparado un festín, Ro.

Él se estremeció al escuchar el mote de su infancia, y se giró hacia su caballo, listo para guiar a sus hombres fuera del jardín.

Didion la miró una vez antes de seguirlo.

Anna se puso junto a Briony.

—No le vas a regalar a Didion ni unas migajas, ¿verdad?

Cordelia se rio.

Briony resopló.

—Como he dicho, no hace falta —dijo cruzándose de brazos—. Volverán a casa esta noche.

Las puertas del castillo se cerraron detrás de los soldados y Briony se dio la vuelta para guiar a Anna y a Cordelia hasta el balcón, a observar y esperar.

El mundo se quedó a oscuras durante unos instantes cuando algo bloqueó el sol. Briony se giró para ver si el eclipse había comenzado.

Una dragona negra batió las alas sobre el castillo, incapaz de tocarlo gracias al hechizo protector de Rory.

La criatura chilló y a Briony le caló hasta los huesos.